

Valioso e impactante

Cuerpos al límite: torturas, subjetividad y memoria en Colombia (1977-1982)

JUAN PABLO ARANGUREN ROMERO
Universidad de los Andes, Bogotá, 2016,
312 pp.

EN LAS décadas de 1960 y 1970 se implantaron dictaduras militares en América Latina, bajo la doctrina estadounidense y anticomunista de la Seguridad Nacional. Esas dictaduras procedieron a torturar, desaparecer, asesinar a miles de personas y obligaron a exiliarse a otras miles. En materia de terrorismo de Estado, esas dictaduras realizaron “innovaciones” como las del régimen de Augusto Pinochet en Chile, que convirtió el Estadio Nacional, un campo de fútbol, en un centro de detención y tortura. En esa misma época, en un país de América del Sur, que se presenta como modelo de democracia, se utilizaron los mismos métodos de las dictaduras militares: en septiembre de 1977, luego de un paro cívico en el que fueron asesinadas 28 personas por las Fuerzas Militares, un estadio de fútbol y una plaza de toros se convirtieron en cárceles adonde fueron conducidas miles de personas capturadas en forma arbitraria; a finales de 1978 se impuso un Estatuto de Seguridad cuyo libreto represivo no tenía mucho que envidiarle a lo establecido por los regímenes del Cono Sur, que era el complemento de una legislación contrainsurgente contra la población, y en donde, como lo muestra el Decreto 2758 del 8 de diciembre de 1976, se sancionaba a aquellas personas

(...) que por sus antecedentes, hábitos o formas de vida, estén en situación que haga temer que van a incurrir en el delito o contravención; [y] los que de ordinario deambulen por las vías públicas en actitud sospechosa en relación con los bienes y las personas. (p. 21)

En 1979, se generalizó la tortura en cárceles comunes y clandestinas, donde se vejó a seres humanos y se llegó a matar a algunos de ellos (esta dura realidad fue documentada por una visita de Amnistía Internacional, la cual dejó un documento al respecto, fuente

primaria imprescindible para entender ese momento histórico); entre 1970 y 1981 fueron detenidas por móviles políticos 60.000 personas, víctimas de la arbitrariedad estatal; como en las dictaduras más brutales, de Argentina o de Uruguay, en ese país su presidente negaba la existencia de presos políticos, y en una bochornosa ocasión manifestó en la ciudad de París: “El único preso político soy yo”. El país donde se realizaron todos estos hechos indignos tiene nombre: se llama Colombia. Pero las generaciones actuales desconocen por completo ese proceso de tortura y persecución, como si no hubiese existido y fuera producto de la imaginación fantasiosa de escritores de ficción. Esta impunidad histórica y penal es lo que, entre otras cosas, diferencia a Colombia de Argentina, en donde existe una conciencia pública sobre los crímenes de la dictadura de 1976 y una condena a los represores.

A estudiar ese traumático proceso está consagrado el libro *Cuerpos al límite*. Su autor, sin titubeos ni eufemismos, y sin recurrir a una jerga impenetrable, expone el asunto en una forma clara y con una prosa limpia y precisa, a lo largo de siete capítulos. El punto de partida es el paro cívico de 1977, como hecho crucial para entender la militarización y represión que se acenturaron en la sociedad colombiana en los años siguientes. Luego se analiza el estado de sitio, característico del Frente Nacional, que se empleó contra los movimientos sociales y populares para contrarrestar la inconformidad social, y se estudia el impacto de la doctrina de Seguridad Nacional, de tinte estadounidense. El capítulo cuarto se dedica al análisis de la “militarización del cuerpo social”, un asunto fundamental para entender cómo se configura la idea del enemigo interno, del subversivo, al que además se deshumaniza, se tortura y se aniquila. El capítulo quinto se centra en reconstruir algunos momentos del M-19, el cual es presentado como una organización que desafió la militarización con sus acciones intrépidas, entre ellas la sustracción de armas del Cantón Norte el último día de 1978. Este hecho desencadenó la brutal represión del Estado colombiano, que en el año de 1979 generalizó la tortura como práctica cotidiana. Y a esta

detestable práctica se dedican los dos últimos capítulos del libro, en su orden, “El volumen de la represión” (capítulo sexto) y “Al límite, en los bordes y en la frontera” (capítulo séptimo).

Sin incurrir ni en el morbo ni en el sensacionalismo, con cuidado, el autor aborda un tema de indudable complejidad, por lo que implica el recuerdo del trauma y del dolor para las personas que fueron sometidas a la tortura. La técnica que se utilizó fue la de la entrevista, para intentar revivir el dolor desde la subjetividad de los seres humanos que fueron sometidos a esa afrenta criminal. Los testimonios hablan por sí mismos y constituyen un recordatorio de lo que ha significado la represión estatal en la últimas décadas, un tema que adquiere actualidad en el contexto de unos acuerdos que le pongan fin al conflicto armado, y en el que necesariamente debe aflorar la responsabilidad del Estado colombiano.

Entre los sujetos que fueron torturados se considera el caso de los que procedían del medio universitario, principalmente de la Universidad Nacional, y el de las comunidades indígenas del Cauca, puesto que en ambos sectores sociales tuvo alguna influencia el M-19. Esto expresaba la persecución de los jóvenes y de miembros de grupos étnicos, considerados como seres inferiores o como enemigos públicos, sobre cuyos cuerpos había que escarmentar. Ese era un resultado del militarismo, el machismo y el racismo que se exacerbó durante la segunda mitad del siglo XIX, como parte de una guerra total contra los que eran vistos como enemigos, y a los que se les negaba el carácter de seres humanos.

Una particularidad de la tortura en el fatídico 1979 en Colombia radica en que esta llegó a las grandes ciudades, principalmente a Bogotá, y los habitantes de las urbes, muchos de ellos de clase media, pudieron percibir en carne propia y en forma directa lo que era una práctica recurrente en el país desde décadas anteriores, pero que estaba circunscrita a las zonas rurales y a los pobres del campo. Por eso, dicha práctica no era noticia. Lo fue solamente cuando en los procesos de tortura resultaron involucrados sectores ciudadanos, sindicalistas, estudiantes y algunos intelectuales.

Para hacer esta reconstrucción el autor recurre a un sinnúmero de fuentes, entre las que se destacan los manuales militares de contrainsurgencia, la revista de las fuerzas armadas, la prensa, los documentos de derechos humanos y los testimonios directos de trece personas que fueron torturadas, entre los cuales sobresalen las declaraciones de algunas mujeres.

Afortunadamente, a diferencia de investigaciones que se han hecho en otros lugares sobre este tema, el autor hace un análisis con unos sustentos teóricos que ayudan al lector a entender sin incurrir en extensas e innecesarias disquisiciones teóricas.

Dos críticas formales de menor importancia pueden hacerse a este libro: una, que se abuse de las notas a pie de página para escribir un libro paralelo; y la otra, que algunas caricaturas y fotografías, importantes fuentes del tema, estén borrosas o su tamaño no ayude a visualizarlas.

Este es un libro valioso e impactante, de aquellos de los que deberían reproducirse miles de copias para que los colombianos comunes y corrientes pudieran conocer una página tenebrosa de nuestra historia, cuando se generalizó la tortura, y lo más importante, para que no se vuelvan a repetir esos hechos de deshumanización.

Renán Vega Cantor

Profesor

Universidad Pedagógica de Colombia